

tidor de tesgüino para todos los presentes. Entra al punto en funciones dando primeramente cuatro jicaradas á la madre de la novia, como señora del tesgüino, tres á su marido, como amo del mismo, y en seguida, otras cuatro á



Frente.

Perfil.

Modo de cobijarse de los tarahumares.

su propia mujer. Llaman á los novios y les dicen que se sienten juntos, tras de lo cual viene el resto de la gente á sentarse al rededor de la pareja. No hay lugar especial para nadie, pero el padre del muchacho se queda en pie y su madre se sienta, mientras que el de la muchacha se sienta,

permaneciendo en pie la madre. El padre del novio pronuncia entonces un discurso, diciendo á la pareja que deben permanecer unidos y nunca separarse ni tener pendencies; advierte especialmente al joven que necesita matar venados y tener cuidado de llevar siempre algún animal á casa de su mujer, aunque sea un chipmuc ó un ratón, y que tiene obligación de arar, sembrar y cosechar para que ni él ni ella llegen á tener hambre.

El padre de la joven toma en seguida la palabra, dirigiéndose principalmente á ella. Ahora que está unida al hombre que escogió, debe cumplir siempre con sus deberes de esposa, haciendo cobijas para su marido, siendo industriosa, preparando tesgüino é izquiate, moliendo pinole y tortillas, cortando hierbas, etc., para que su marido tenga que comer y no sienta hambre. Nombra las yerbas una por una. Debe ella ayudarle también, en lo posible, á arar y sembrar para que levanten suficiente maíz para el tesgüino, á fin de que otros le ayuden, y no debe ser nunca perezosa.

El padre de la muchacha da en seguida tesgüino á su futuro yerno, cuyo padre, á su vez, ofrece de beber á la novia. Cubren á la pareja con frazadas, y en algunos casos les amarran las manos derechas, sin que haya otra ceremonia matrimonial; pero todos los concurrentes participan con liberalidad del abundante licor, de suerte que acaban, por lo común, completamente beodos.

Como dos semanas después, los padres del novio hacen una fiesta exactamente del mismo carácter, pero entonces el padre de la joven ocupa el puesto de honor junto al tesgüino, lo distribuye, y es el primero que toma la palabra. El novio da á su cuñado un pedernal ó piedra de lumbre y seis flechas, presente que corresponde á los hermanos de la novia, cualquiera que sea su número, y que se da en cambio de la muchacha. Los sacerdotes hacen uso del *jus primæ noctis*.

Después del matrimonio, se separan los desposados, quedándose cada quien en su antigua casa por varias semanas, y trascurrido ese tiempo, se va el joven á vivir en la morada de su suegro por seis meses ó un año, mientras se construye su propia habitación. La pareja, entretanto, recibe la comida y nada más. El joven tiene sus propios animales que ha adquirido cuando pequeño, y su padre le da un pedazo de tierra.

Los tarahumares cristianos participan el matrimonio proyectado al fiscal, quien tiene á su cargo el cuidado de la iglesia y la enseñanza de los niños, siendo de su deber llevarle al padre las parejas para que las case; pero como éste se halla lejos y se presenta sólo una vez al año, si acaso, puede decirse que el fiscal es quien redondea los asuntos matrimoniales. Por su innato fervor en el cumplimiento de todas las prácticas religiosas, gustan los tarahumares de someterse á la ceremonia, bien que para ellos no tiene otra significación sino que deben pagar un peso. Con tal motivo, no les importa aguardar la bendición del padre por un par de años, hasta que han ahorrado el peso, evitándose hacer otro viaje para el bautizo.

Como las visitas del sacerdote son tan raras y tardías considera el fiscal de su propia incumbencia concertar matrimonios, diciéndoles que cuando vaya el padre estarán ya listos para casarse; pero tan independientes son las muchachas tarahumares, que ha llegado á suceder que al oír la inesperada pregunta del eclesiástico, echen á correr gritando: "Kæke, kæke," *no, no!*

Cuando estuve, había un padre (ahora removido) que emulaba el ejemplo de los sacerdotes indígenas y era fuerte en aquello de empinar el codo. Una vez que estaba incapaz para ejecutar las ceremonias nupciales, tuvo el fiscal que lo acompañaba que tomar su lugar; pero como lo único que sabía acerca del rito se reducía á preguntar al hombre y á la mujer si se querían uno al otro, al oír el



“sí” agregó: “¿En dónde está el peso?” y embolsándoselo despidió á la pareja diciéndole: “Ya están ustedes casados.”

Cuando se aguarda un aumento en la familia, el principal preparativo que hace la mujer es alistar buena cantidad de tescüino y llamar á sus amigas para que la cuiden mientras su marido va á buscar al curandero. Al sentir que se aproxima su alumbramiento, se retira á un lugar apartado, pues le causa excesiva vergüenza dar á luz en presencia de otras personas. Se ata el ceñidor en la cintura y pare sentada, asiéndose de algo más alto, como, por ejemplo, de la rama de un árbol. Después que la criatura ha venido al mundo, puede el marido llevarle á su mujer un jarro de agua caliente para que beba. Abre asimismo un hoyo en el que, luego que él se va, entierra ella la placenta, poniendo encima algunas piedras para evitar que la saquen los perros. Corta el cordón umbilical con el filo de un carrizo ó de un pedazo de obsidiana, pero nunca con cuchillo, porque en tal caso el niño resultaría asesino y nunca sería curandero. Pregunté una vez á un tarahumar en donde había nacido, y esperando que me dijese el nombre de algún rancho, me señaló, con gran diversión mía, una gran piedra que se divisaba á poca distancia de donde estábamos, como lugar de su nacimiento.

Por lo general, la madre permanece acostada el día que ha dado á luz, pero desde la siguiente mañana trabaja como de costumbre cual si nada le hubiese sucedido. En cambio, su marido no hace la menor cosa durante tres días, porque piensa que se le rompería el hacha, se le caerían los cuernos á su buey ó se fracturaría una pierna. El tercer día toma éste un baño.

Cuando el niño tiene tres días de nacido, va el hechicero á curarlo. Encienden una gran fogata de olotes, ponen á la criatura en una frazada y entre su padre y aquél lo exponen, si es varón, por tres veces en medio del humo, hacia

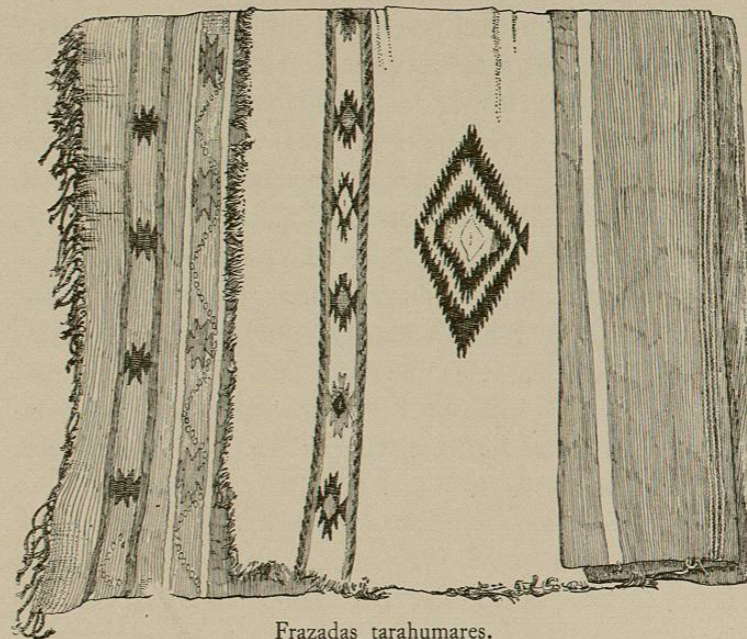
los cuatro puntos cardinales, efectuando el circuito ceremonial y levantándolo finalmente en alto. Esta práctica lleva por objeto hacer que el niño crezca bien y tenga suerte en la vida, es decir que no le falten cosechas. El curandero toma en seguida del fuego un olote ardiendo, y con el extremo carbonizado describe tres líneas paralelas sobre la cabeza del pequeñuelo en sentido longitudinal, y otras tres cruzando las primeras. Le rocía con tesgüino la cabeza y otras partes vitales del cuerpo para darle fuerza, y le cura el ombligo. Suele también untar al niño con grasa de víbora de cascabel mezclada con algunas yerbas, y dejarlo un rato al sol para que le entre luz en el corazón. Recibe el curandero por estos servicios un poco de maíz, frijoles, sal, etc.

El cuarto día va la madre á bañarse al río, dejando entretanto al chico desnudo y expuesto al sol por una hora lo menos, á pesar de todos sus chillidos, á fin de que vea y conozca el Padre Sol á su nuevo hijo. No se lava á la criatura sino hasta que cumple un año. Entonces lo cura nuevamente el médico quien repite su curación varias ocasiones en la vida del niño, para que se desarrolle bien y no le sobrevengan enfermedades ni desgracias. Para protegerlo más le cuelgan al cuello, envueltos en un lienzo, algunos pedazos de palo hediondo, cuyo fuerte olor libra de las enfermedades en opinión de los indios.

La madre amamanta á su hijo hasta que tiene tres años, pero desde la edad de seis meses empieza á darle un poco de pinole. El niño comienza á andar y á hablar á los dos años. Cuando la madre se encuentra moliendo al metate ú ocupada en cualquiera otra cosa, y no se para á darle de mamar, el pícaro chiquillo suele coger un palo y arremeter á golpes contra ella.

La mujer tarahumar es muy buena madre y cuida mucho á sus hijos. Tiene generalmente de seis á ocho, y á menudo más. Los niños pequeños juegan con muñecas

primitivas, vistiendo de guiñapos los olotes que clavan en la arena diciendo que son matachines y mujeres borrachas. Juegan también, como otros niños, con frijoles y bellotas ó con pollitos, á los que les amarran las patas, maltratán-



Frazadas tarahumares.

dolos á menudo. Juegan asimismo con cueros de ardilla rellenos, pero no hay especialmente juegos infantiles. Su padre les hace arcos y flechas, y los adiestra en la caza y trabajos agrícolas. Á las muchachas, conforme van creciendo, les enseña su madre á hilar y á tejer frazadas "porque de otro modo se volverían hombres." Les aconseja también que no tengan hijos con mucha frecuencia, porque les faltaría quien se los cargara. Las mujeres no pueden comer, sino hasta que tienen bastante edad, la carne de lomo, porque si lo hicieran no tendrían hijos. Por la misma razón no deben comer mollejas. Las que temen un parto difícil toman caldo de zorra mochilera. Las muchachas

no deben tocar los cuernos de venado, porque se les caerían los pechos.

Hay la costumbre característica de que los hijos, cualquiera que sea su edad, y aun después de casados y de tener familia propia, nunca se sirven ellos mismos de nada, en la casa de sus padres, pues la madre es la que les ofrece el alimento y se lo da siempre que lo tiene.

Nunca aplican los padres castigos corporales á sus hijos, limitándose á reprender al que se porta mal, lo que hacen también los amigos del padre cuando lo encuentran en alguna fiesta. Por lo demás los hijos viven en completa independencia, y no es raro que cuando se encolerizan le peguen á su padre. Las hijas no llegan á tanto, pero cuando las regañan, lloran y hacen muecas, quejándose de que las tratan injustamente. ¡De qué modo tan diferente se portan con sus padres los hijos de los chinos! En este punto, no tendría mucho apoyo la teoría de que los indios americanos son originarios del Asia.

## CAPÍTULO XV

NUMEROSOS JUEGOS DE LOS TARAHUMARES—APUESTAS Y JUEGOS DE AZAR—CARRERAS—LOS TARAHUMARES SON LOS MEJORES CORREDORES DEL MUNDO—ADIVINACIONES PARA LAS CARRERAS—MONTAÑAS DE PRENDAS—LAS CARRERAS DE MUJERES.

NO tengo noticia de tribu alguna más aficionada á los juegos que los tarahumares, pues pocos días del año habrá que no se dediquen á alguno. Aun los que se han civilizado y pervertido, no dejan de sentir su pasión favorita en su degeneración y miseria. Aunque es verdad que hay siempre algo de valor, realmente insignificante, que interviene con carácter de apuesta, no juegan por vicio. Varias de sus prácticas habituales para jugar son verdaderamente curiosas, pues cuando apuestan carreras ó intentan jugar al cuatro ó al quince, por ejemplo, no comen chile. Cuando es necesario hacer agujeros en el suelo, como para los dos últimos juegos mencionados, los abren en la parte plana de una roca.

Es muy común que dos jóvenes se diviertan jugando al tiro, disparándole flechas á otra que han arrojado para que se clave á una distancia de cincuenta metros y les sirva de blanco, la cual, así como el juego mismo, se llama en el castellano de México *lechuguilla*. En tarahumar se le llama al juego *choguírali*, y *choguira* á la flecha ó jara dispuesta para blanco. La flecha que se acerca más á ésta vale un punto; y si cae dentro de un espacio de cuatro dedos junto al blanco, cuenta por cuatro. El partido es de doce puntos. Un individuo se encarga de medir para todos la distancia, considerándola, no desde las puntas de las flechas,